

**Aquí hay
dragones**

DIVULGACIÓN

Aquí hay dragones

ÁLVARO
BERMEJO

algaida



© Archivo Anaya (6x6 Producción Fotográfica; Candel, C.; Cosano, P.; García Pelayo, Á.; Lezama, D.; Martin, J.; Martínez, C.; Muñoz, M.; Padura, S.; Quintas, D.; Rivera Jove, V.; Ruiz Pastor, L.; Steel, M.; Sánchez, J.; Valls, R.); 123RF (123sidhe; albertkarimov; aruizhu; aurielaki; avictorero; bbsferrari; donnay-wong; gigidread; gustavomunoz; haritonoff; irrisolta; natursports; orensbruli; rodjulian; sergeyussr; stanzi11; wiangya); José Antonio Zamora y archivo del autor.

Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2021

© Álvaro Bermejo, 2021
© Algaida Editores, 2021
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9189-581-7
Depósito legal: SE.1339-2021
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



ÍNDICE

Prólogo. En busca del dragón.	9
1. Piel de dragón.	17
2. Dragones en la torre de Babel	25
3. Dragones y dinosaurios	33
4. Un dragón en el diván	45
5. Los ojos de Drakon	51
6. Bailando con dragones.	63
7. Ofiusa, la tierra de las serpientes.	71
8. Monstruos íberos, dragones celtas.	77
9. Sugaar y Herensuge, dragones vascos	89
10. El cuélebre. De Asturias a Cantabria.	97
11. Galicia. El dragón y la coca	107
12. Los dragones azules de Portugal	117
13. Dragones y tarascas en las dos Castillas.	129
14. Rugidos del viejo Madrid.	139
15. Extremadura mágica	147
16. Sierpes, saetones y lagartos en Andalucía	153

17. Drácula en Peñíscola y otros dragones del Levante.	169
18. Entre Vibrias y Marracos. San Jorge, Señor de Cataluña	179
19. Dragones de las islas, de Baleares a Canarias	189
20. Los cuatro dragones de Aragón y el draco traidor de La Rioja.	203
21. Navarra Misteriosa. De los dragones de Eunate a San Miguel de Aralar.	213



PRÓLOGO

EN BUSCA DEL DRAGÓN

Seguro que no te faltan referencias acerca de esta criatura portentosa, una de las más temidas y veneradas de cuantas pueblan las leyendas de todas las culturas y todos los tiempos. No es preciso que vayas a buscarlo al país de Nunca Jamás. El viejo dragón está presente en nuestra vida cotidiana de mil maneras. Hay quien se lo lleva a la piel con un tatuaje de inspiración oriental o neogótica, o hay quien los desafía en los mundos virtuales, zambulléndose en los más de doscientos juegos *on line*, PS3 o BioWare, como *Dragon Age*, *Dragon Quest* o *Dragons of Atlantis*. La omnipresencia del dragón en nuestra cultura de masas, y significativamente en la de los jóvenes, se ha querido interpretar como el anuncio de un tiempo final. La imagen de este endriago tiene algo de apocalíptico, como si fuera el emisario de la gran catástrofe planetaria que se nos anuncia periódicamente por medio de profecías mayas, vaticinios esotéricos, pandemias víricas y hasta macroeconómicas. Por fortuna, la simbología del dragón también se puede leer a la inversa: como el precursor de una regeneración del

hombre y del mundo, obedeciendo a unos nuevos principios tanto materiales como espirituales.

Dentro de esta interpretación positiva, 2012 fue para los chinos el Año del Dragón. En su cultura prodiga fecundidad, pues se vincula a las energías del agua y, por tanto, al principio *yin*. Pero igualmente, es emblema de las energías activas del cielo y, por consiguiente, también abraza el principio *yang*.

En nuestro Occidente, por el contrario, la más extendida es la lectura opuesta. El dragón encarna las potencias malé-



Ilustración del festival del barco del dragón (5 de mayo).



Cabeza de dragón del barco de Oseberg
(Museo de barcos vikingos de Oslo).

ficas a las que se enfrenta una nutrida legión de matadores de dragones. Unos vinieron del Gran Norte, a bordo de esas embarcaciones vikingas, los *drakars*, que los llevaban en su nombre y en su proa. Otros desde la lejana Mesopotamia a través de los mitos caldeos, luego egipcios, luego griegos..., hasta que la Iglesia los emparentó con el Leviatán bíblico, señor del caos. Un enemigo de Dios que debía ser aniquilado, pues ponía en riesgo toda su creación.

Dos milenios después el temor a los dragones ha desaparecido, pero su presencia se traduce en un imperio creciente sobre nuestro imaginario. Pronuncias la palabra *dragón* y apuesto a que vienen a tu mente los que recreó George R. R. Martin en la saga *Juego de tronos*, o sus primos hermanos en la de *Eragon*. Quizá también los de *Dragones y mazmorras*, el simpático dragón de *Mulán*, o la dragona melancólica de

Shrek, por no mencionar los que rondan las fortalezas de *El señor de los anillos* o los castillos encantados de Harry Potter. Si hubieras nacido hace dos décadas te sonarían más los de la serie *Dragon Ball*. También *Fuyu*, el dragón-perro de *La historia interminable*, los dragones de *Willow* o los de *Terramar*. Remontémonos treinta años atrás: entonces te hubieran resultado más familiares otros dragones como el que puso en escena Walt Disney en *Pedro y el dragón Elliot*, o el descacharrante Jabberwocky que sembraba el terror en las florestas del rey Arturo, tal como lo recrearon los divertidos iconoclastas de Monthy Pyton en *La bestia del reino*.

Multiplio las referencias visuales por una razón: pensamos en imágenes, y las más universales de nuestro tiempo se plasman en pantallas. Pero los dragones son muy anteriores al cine, incluso a la palabra escrita. En todas las culturas se guarda memoria de ellos desde aquellas noches en que los hombres se sentaban en torno al fuego para contarse historias. Esas historias de todos los tiempos y lugares muestran la vigencia de esta criatura fantástica, como si en lo más profundo de nuestro ADN se agazapara un formidable endriago aguardando el momento de su despertar.

Escupiendo fuego, volando, rampando, el dragón afirma su imperio universal sobre el imaginario humano. Siempre está ahí, agazapado en cuevas prodigiosas que replican las de nuestro subconsciente. ¿Estamos seguros de que solo se trata de un mito? El hombre jamás ha tenido imaginación suficiente para inventar o crear nada sin servirse de un modelo. De hecho, la palabra *imaginar* es híbrida de otras dos sumamente elocuentes: *imago* —que se traduce como representación o imitación— e *imitator* —imitar o reproducir—. ¿Cuál es la *imago* originaria del dragón? Sus representaciones resultan de lo más dispares: con cuerpo de saurio y cabeza de camello, con orejas de cerdo, garras



Lucha de San Jorge y el dragón, según Rubens.

de águila y alas de murciélago, con melena de león, piel de cocodrilo y cola de serpiente, con una, dos, tres, y hasta siete cabezas.

La cola en punta de flecha, el cuerpo blindado de escamas que se vuelven crestas óseas en su espinazo, y una llamada de fuego manando de su hocico. Tal es la imagen del dra-

gón en Occidente. Vagamente reptiliano, a veces duerme en el fondo de los lagos —lo que le convierte en anfibio—, otras puede volar, y su aliento, como su sangre, segrega poderosos venenos. Pero tomad nota: también remedios infalibles contra todos los males.

En los gabinetes de curiosidades de la Europa del siglo XVI se exhibían pequeños dragones *fake* elaborados con restos de animales disecados que llenaban de espanto a sus visitantes. Sin embargo, en sus boticas, se vendían fórmulas magistrales asociadas a esta criatura inverosímil que gozaban de un amplio predicamento entre la clientela: preparados a base de draconita, una piedra que se suponía engarzada en el cráneo del monstruo, causaban furor entre los epilépticos. Otras, las redondas de gran tamaño halladas en los lechos de los arroyos, se vendían como huevos de dragón, los mejores para remediar la melancolía. Pero si se trataba de cortar por lo sano, nada más eficaz que una espada cuya hoja hubiera sido forjada sobre una lengua de dragón petrificada, como la que poseía el emperador Rodolfo II. También en Asia los dragones formaban parte esencial de su farmacopea: de ellos se aprovechaba todo, hasta su semen, que, solidificado, se identificaba con el jade, la piedra talismán de los emperadores de la dinastía Ming. Todavía hoy, en las farmacias de Pekín, se pueden adquirir frascos de polvo de huesos de dragón, a los que se atribuyen propiedades afrodisiacas.

Esta ambivalencia subraya la doble lectura a la que se ha prestado la imagen del dragón. Sobrevolando los mares del tiempo, lo veremos escupiendo llamas surgidas del brasero de Satán como una perfecta encarnación del Mal, en Occidente, pero también enaltecido como un símbolo de la vida y la prosperidad... no solo en Oriente. La literatura popular europea también aquilata crónicas acerca de hombres y mujeres salva-

dos por dragones. Plinio refiere una en que Toante, el rey de Lemnos, fue rescatado de las garras de unos ladrones por un dragón justiciero. Entre los celtas, la voz *pendragón* señalaba a su jefe supremo. Para los romanos, el dragón púrpura constituía el emblema del Imperio, y el mismo Constantino entró en Roma al frente de una cohorte en cuyo estandarte figuraba una rugiente testa de dragón. Se asemejaba en esto a los emperadores chinos, cuyo trono se veía esculpido de dragones protectores, y cuya vestimenta más preciada era el *mangpao*, una túnica ceremonial sobre la que se alzaba un dragón de cinco garras sobre un mar de perlas.

Iconos de poder, protectores mágicos, guardianes de tesoros, al estar constituidos por los cuatro elementos —el agua y la tierra que eran su medio natural, el fuego que germinaba dentro de ellos y el aire que conquistaban con su vuelo—, los dragones se consideraban símbolos de regeneración y su sangre era susceptible hasta de deparar la inmortalidad. Por eso desde el origen y en todas las culturas, el dragón representaba el ciclo de la vida. Nacía cada primavera de un huevo depositado sobre las aguas. Cada año, en invierno, era preciso matar al viejo dragón para que de su sangre brotara su sucesor. Es posible que este sea el punto de partida de todas las leyendas sobre matadores de dragones. En esa batalla reside la clave: primero la creación del mundo, y enseguida la perpetuación de los ciclos de la naturaleza, con la intervención del hombre como garante del equilibrio entre el cielo y la tierra, sea por la vía del enfrentamiento o por la del pacto.

Antes de la civilización global, los dragones vivían sujetos a un territorio. Entonces nadie tenía noticia de las aventuras de *Dragonheart*, menos aún de los que arrasan el mundo en *El reino del fuego*. Cada cultura temía y celebraba a su dragón local. Solo en el folclore británico se cuentan más de cincuenta

dragones autóctonos. En China, el censo se elevaba por encima de los dos mil. Bien, te pregunto ahora: sabes mucho de los dragones que nos sirve el cine y la televisión, puede que lleves en alguna parte de tu cuerpo el tatuaje de alguno, y hasta es posible que hayas tomado buena nota de las lecciones implícitas en *Cómo entrenar a tu dragón*, pero ¿qué sabes acerca de los que, en la Edad de los Sueños, poblaban el territorio donde vives?

Desde Galicia a Andalucía, desde el País Vasco a Cataluña, desde Valencia a Portugal y a lo largo de las dos Castillas, la Vieja Iberia ha sido desde tiempos inmemoriales un territorio particularmente fértil en dragones. ¿No te parece que ha llegado el momento de que los vayas conociendo?

El propósito de este libro no es otro que invitarte a un viaje hacia lo desconocido, un laberinto apasionante cuyas puertas se abren apenas a unos pasos de tu casa. Ahora bien, seríamos muy desconsiderados si iniciásemos esta aventura sin conocer antes al protagonista de nuestra búsqueda.

¿De dónde surgen los dragones? ¿Existieron realmente? ¿Qué extrañas relaciones mantuvieron con los hombres? Y lo más importante: ¿te has preguntado por qué algunas noches intuyes un ojo de fuego a tu espalda, y quizá un latido de dragón dentro de tu corazón?

PIEL DE DRAGÓN

Según la Sociedad Norteamericana de Tatuadores, los dragones constituyen el grafismo más solicitado entre los adolescentes, con una ligera supremacía de las chicas —67% frente a 59%—. Triunfa el dragón propuesto por las factorías hollywoodienses: una bestia alada provista de garras y colmillos, su piel cubierta de escamas tan duras como el metal, sus ojos encendidos y un volcán de fuego manando de sus fauces. Pese a su aspecto terrorífico, quienes se apuntan a esta moda consciente o inconscientemente, buscan plasmar en su piel un protector mágico. No se equivocan, pues la imagen del dragón siempre implica un rito de iniciación.

Con motivo de la exposición *Dragons. Entre science et fiction*, habilitada en el Museo de Historia Natural de París, en 2006, el taxidermista Jack Tierney exhibió un dragón de poliuretano y resina en tamaño natural que podía hacer de todo —caminar, rugir y escupir fuego— salvo volar. Claro, pesaba nueve toneladas. Según los especialistas en aeronáutica, un coloso semejante tendría que poseer unas alas de cien metros para poder levantar el vuelo. Algo impensable. Hasta que una



Geisha con tatuaje de dragón en la espalda.

novelista de ciencia-ficción, Anne MacCaffey, propuso una teoría. A su juicio, los dragones se alimentaban de minerales que, mezclados con los ácidos de su estómago, emitían gases muy inflamables. De ser así, su enorme corpachón podría hincharse como un globo aerostático y desplazarse a voluntad sobre cielos y tierras.

Los antiguos alquimistas refrendarían su tesis sin vacilar. Para ellos, el dragón era un laboratorio viviente donde se mezclaban toda suerte de sustancias prodigiosas y volátiles animadas por su fuego interior. De hecho, el ácido clorhídrico que se encuentra en el tracto digestivo de todos los vertebrados, en contacto con las materias sólidas, produce gases más ligeros que el aire.

Volaran o no, lo cierto es que no hay nada más difícil que fijar el retrato robot de un dragón. Según parece, los primeros dragones que poblaron el imaginario humano tuvieron forma de serpientes. Bien cerca, hay muchos lugares que lo acreditan. Una de las calles más populares de Sevilla, la de las Serpes, debe su nombre a una serpiente gigantesca que reúne todos los atributos del dragón clásico —hablaremos de ella en su momento—. También hablaremos del Cuélebre, la serpiente alada que custodia tesoros y personajes encantados en Asturias. Y de la fabulosa Tarasca. Y de su pariente, la Coca. Todas ellas son oriundas de un pueblecito provenzal, Tarascón, a quien deben su nombre. Fue allá donde surgió la primera Tarasca, un monstruo de naturaleza anfibia, cabeza y garras de león, seis patas y cola de serpiente, que fue vencida, no por un caballero andante, sino por la primera y más genuina *madre de dragones* de la historia, la intrépida santa Marta.

Al margen de que sucediera a un tiro de cohete del primer centro aeroespacial francés, la peripecia de esta santa nos conecta con la raíz del misterio. Allá por la Edad del Bronce y

sus cosmogonías, se estableció una batalla callada entre las civilizaciones patriarcales de origen ario e indoeuropeo, y las preindoeuropeas, de signo femenino y matriarcal. Emblema de estas, el dragón-serpiente se asociaba al medio acuático, a la luna y a la sabiduría, mientras que su antagonista se perfilaba como un hijo del padre cielo, instaurador del orden, bendecido por el sol. Vencieron las patriarcales. Por eso la inmensa mayoría de las leyendas europeas sobre matadores de dragones —qué poco hemos cambiado en treinta siglos—, tienen como protagonista a un joven héroe de musculatura neumática estilo Conan el Bárbaro. La misteriosa santa Marta representa una pervivencia excepcional de ese otro principio femenino activo, que, en adelante, mutará en una figura pasiva: la de la doncella que se rinde como tributo al dragón.

Esta tensión matriarcado-patriarcado remite a otra clave profunda cifrada en nuestra psique. En el origen, el dragón representaría la fuerza del inconsciente primitivo bien capaz de desequilibrar nuestra mente si no se ve limitada y sometida por la razón, proeza que el hombre y la mujer han de llevar a cabo conjuntamente. Se trataría, por tanto, de conciliar la importancia de la materia, plasmada en el arquetipo de la madre tierra y la serpiente-dragón, con la del espíritu, representado por el padre cielo y el héroe.

En las civilizaciones patriarcales ese dragón que simboliza el caos parece empeñado en desbordar el universo. Lo veremos nacer en la remota Sumeria, deslizarse hasta la India, fundirse con el curso del Nilo, subir por el Cáucaso hasta los fiordos vikingos y entronizarse como un oscuro monarca en la cuna de nuestra civilización. Nada aterraba más a los griegos que encontrarse frente al espeluznante dragón de la Cólquida, donde Jasón y sus argonautas fueron a buscar el vellocino de oro. Pero había unos cuantos más. El que guardaba las puertas del jardín



Belerofonte luchando contra la Quimera, según un grabado de T. van Thulden a partir de un lienzo de Rubens (1635).

de las Hespérides, el que asaltaba a los viajeros que se acercaban a la fuente de Castalia, o la monstruosa Quimera, de cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de dragón, a la que se enfrentó el corintio Belerofonte, a lomos de su caballo alado, Pegaso.